

—Dicen que hubo un par de niñas que se fueron de su casa al ver la Pippi —dice Mónica—, pero eso no era mal ejemplo, sino que esas niñas no debían de tener libertad en su casa.

—Eso pasa porque estamos en España —dice Ricard Mas—. En Francia, o en Holanda, Bélgica, la Pippi tuvo un gran éxito, gustó a pequeños y mayores, y en cambio la Heidi tuvo muy poco éxito y eso es porque en España los niños están muy atados y, claro, muchos niños vieron en la Pippi un reflejo de lo que ellos querían tener. Y en cambio la Heidi gusta más porque es una niña que se porta bien, hace lo que dice el abuelo.

—Yo creo —dice Mónica— que si a los padres no les gustaba la Pippi podían cerrar la "tele" y ya está.

—Yo creo que la mentalidad occidental no tiene nada que ver con la Oriental —dice Ricard— y por eso la Heidi es distinta.

—A mí me parece que si se deja a un niño en libertad —dice Pau—, sin sus padres ni nada, ese niño se quedará sin comer, sin ir al "cole", porque no podrá trabajar. El único trabajo que tendrá es buscar comida por la calle.

M. R.—Hay aquí tres chicas y cuatro chicos. Quisiera hacer una pregunta a las chicas: vosotras sois bastante jóvenes y me gustaría saber si os han tratado diferente de como tratan a los chicos. Empieza tú, Neus.

—A mí, en casa, me tratan igual que a mi hermano.

—En mi casa tienen muy mimado a mi hermano y a mí no —dice Eva.

—Esta es una de las cosas que más me cabrea, me pone más nerviosa —dice Mónica—. Claro que ya se sabe que en España la mujer no es igual que el hombre. En casa me tratan igual que a mi hermano, pero en la escuela nos dicen a veces que el niño es más fuerte, el niño corre más, el niño es así, el niño es así. Y cuando me dicen eso yo digo: "Bueno, ¿y por qué yo no?". No sé cómo decirlo...

M. R.—¿En casa tenéis que hacer solamente la limpieza vosotras?

—En mi casa trabaja tanto mi hermano como yo —dice Neus.

—Bueno, mi hermano es más pequeño y lo tiraría todo por los aires —dice Eva.

M. R.—¿Estáis de acuerdo con esos anuncios de la "tele" en que sólo las señoras anuncian lavadoras, etcétera? ¿Qué opinas, Ricard Mas?

—Aquí en España, por la belleza, siempre ha salido la mujer, y por la fortaleza, el hombre. Te dicen que si compras tal lavadora tendrás más felicidad, etcétera, y es lógico que uno se fije más si hay una mujer que si hay un hombre.

M. R.—¿Te parece bien que la mayoría de las veces sean las madres las que hagan el trabajo de la casa?

—Me parece absurdo; tanto lo puede hacer mi padre como mi madre.

—Yo creo que lo puede hacer quien quiera —dice Pau—, pero el padre no se irá a la cocina y hará una tortilla si no la sabe hacer. Como la madre lo sabe hacer todo... El padre no se meterá a limpiar y la madre a trabajar de mecánico...

—Yo creo que si el padre trabaja fuera de casa y la madre no —dice Ignasi—, es ella quien tiene que hacer la limpieza. Pero tampoco está bien que cuando el padre llegue de trabajar se sienta en una butaca y mire la "tele" mientras la madre esta entre el humo y la grasa de la cocina.

—Eso que ha dicho Pau de que las mujeres lo saben hacer todo no es cierto —dice Eva—; habrá alguna mujer que no sabrá guisar y otra mujer que no sabrá hervir sopa...

—Bueno —dice Mónica—, yo quiero decir una cosa de tipo personal. En mi casa, hasta me he peleado con mi madre por eso. Veo a mi madre cansada, muerta de trabajar cuando viene de viajes y todo y la veo allá haciendo la tortillita para mi padre y mi padre mirando el fútbol en la habitación del abuelo. Pues yo me levanto y empiezo a gritar a mi madre, le digo que es una desgraciada, que no hay derecho que mi padre le esté haciendo eso. Además ella lo encuentra tontísimo que siempre lo haga la mujer, pero como veo que ella no dice nada, me voy a mi padre y le meto una bronca y le digo que vaya a ayudar a mi madre a hacer la cena, y entonces mi madre, cuando ve que yo resuelvo alguna de esas cosas, se va a dormir y mi padre le lleva un vaso de leche y se pone él a hacer las tortillas. Pero creo que la mujer puede hacer todo lo que hace un hombre. No estoy de acuerdo con Pau; ¿por qué una mujer no puede hacer de mecánico? Puede ser que un hombre se haya dedicado toda la vida a hacer de actor y no tenga ni idea de clavar un clavo. Como ellos están educados desde pequeños que el hombre es el hombre y todo eso... Pero me parece que con mi marido nada. En mi casa siempre me dicen: "Pobre de tu marido si te casas".

—Mi profesor de cultura religiosa siempre dice que si el hombre es tan importante es porque es la concepción del hombre y de la mujer. El nombre que define a los dos es hombre y por eso pasa que el hombre es más importante —dice Ricard.

—Mi madre, por ejemplo, está haciendo la comida y tienen mucha prisa porque han de ir a una reunión, y mi madre le dice a mi padre que prepare la mesa y mi padre, tan fresco, se sienta sin hacer nada; sólo se culpa de él y de sus libros y de los demás nada, no se cuida nada. ■ MONTSERRAT ROIG. Fotos: PILAR AYMERICH.

QUERIDO SEÑOR NIÑO

ME han dicho que has escrito una carta al Rey, y que esa carta ha aparecido en letras de molde en un libro, y que el libro ha sido secuestrado. ¿Te parece bonito? Te has ganado a pulso el título de "el más joven autor secuestrado". Tienes nueve años y te llamas Amadeo. ¿A quién se le ocurre llamarse Amadeo y desfilar por la pluma ideas y conceptos que merecen ser secuestrados! Con tu titubeante letra, vas y escribes: "Honorable rey de España que esté bien en salud y en todos los sentidos igual que su familia esté bien como yo lo deseo". En fin, para qué te voy a contar cómo se han puesto en el DLIPU (Departamento de la Letra Impresa en Publicaciones Unitarias); ¡escribes España con minúscula! Menos mal que no haces como Adolfo, otro de los secuestrados, que en vez de ponerse a tono con la solemnidad del momento se le ocurre decir: "Rey don Juan Carlos I. Yo les deseo un buen fin de semana". ¿Qué es eso de un buen fin de semana, escrito sin diéresis? Y para acabar de arreglarlo, dos niñas llamadas Yolanda y Celia, en la página de al lado, sueltan:

Yolanda (siete años): "Usted estaba muy buapo" (¡se escribe guapo, con g!)

Celia (también siete años): "Estoy contenta de que seas el Rey de España, y estaría contenta de que tubieras que venir a España" (pase que escriba España una de las dos veces con minúscula, pero es imperdonable que no sepa que el imperfecto de subjuntivo del verbo tener se escribe con v).

Los niños de ahora estáis echados a perder. Hace un mes, o así, a un niño de unos diez años no se le ocurrió cosa mejor que componer unas copias y llamar por teléfono para cantárselas a los polis. ¡Menudas cosas diría para que le llevaran detenido a la Comisaría! Y se pasó unos días en el reformatorio. Para que aprenda. Se ganó el título de "el más joven detenido de España".

Ayer mismo, en una revista, aparecía una foto en la que un niño de no más de cinco años alzaba sobre su rubia cabellera una pancarta. Era una pancarta pequeñita, pero una pancarta que pedía, como quien no quiere la cosa, libertad y amnistía. Al verla, pensé: he aquí al más joven pancartista de España.

No sé a dónde vamos a parar con vosotros. Mil y una veces os hemos dicho que dediquéis más tiempo al estudio y menos a la distracción. Porque ¡hay que ver esas notas! Vuestros papás viven con el alma en hilo cada quince días, y cuando os evalúan, a más de uno le apetecería que os atizaran con una recuperación en la cabeza.

¿Y esas ocasiones en que os da por no comer, por decir que no me gusta esto ni lo otro, mientras os pasáis el día mascando chicle y escupiendo pipas? Os creéis vosotros, ricuras, que os vais a hacer unos hombres (o unas mujeres) sólo a base de chicle y pipas.

Reconoce, Amadeo, que tú no has sido diferente a los demás: te quedabas viendo la televisión hasta más tarde de lo conveniente, leías tebeos en vez de estudiar gramática estructural, decías palabrotas que habías oído por la calle sin saber que eran palabrotas, gastabas cajas enteras de tiritas para un simple arañazo, robabas patatas fritas en la cocina y así sucesivamente.

Pero eso podía pasar. Lo que resulta intolerable es que se te ocurre escribir —y publicar!— una Carta al Señor Rey que, unida a las de otros muchos niños echados a perder como tú, ha merecido la fulminante reacción del secuestro del libro, y que tu nombre se añade a los tantos escritores que desde el Renacimiento hasta acá han ganado para sus obras la hoguera purificadora.

¡Qué vergüenza! ¿No piensas en las lágrimas de tu madre, cuando una vecina le haya dicho: "Su Amadeo ha escrito en un libro cosas feas"?

Tu madre habrá protestado: "Pero si mi Amadeo, no digo que sea un santo, pero es un niño como los demás. Está sano, juega, estudia poco, alguna vez se ha puesto malo de la garganta, tiene buen corazón, refunfuña, sí, pero hace recados gustosamente... Usted lo ha visto ir a buscarme el pan... Dígame qué es lo que ha hecho".

Y la vecina le habrá mostrado una página cualquiera de ese libro en el que has participado: "Mire aquí, Tomás (nueve años): 'Su Majestad... Me duele mucho el fallecimiento de su respetable padre Francisco Franco'. Y lea esto otro: Nuria (siete años): 'Sé que la muerte de Franco fue grabe'. Y para colmo: Elisa (siete años): 'Me gustaría ser la reina... Me gustaría casarme con tu hijo para ser luego la Reina'".

Supongo que tu madre, aterrada, habrá exclamado: "No siga, no siga. ¡Qué bochorno!". E inmediatamente te habrá llamado para imponerte un serio castigo. Y te habrá prohibido escribir una sola palabra más, ni a un Rey ni a un jefe de Negociado y ni siquiera a un bombero (y eso que los bomberos siempre han sido amigos de los niños).

Ni una carta te dejarán escribir durante cualquiera sabe cuánto tiempo.

Pero, por favor, por favor, por favor, a mí sí, escríbeme una carta, que no te voy a reñir ni a secuestrar, sino a darte un beso muy grande, muy grande, QUERIDO SEÑOR NIÑO. ■ RAMON NIETO.